

“Compartiendo el mensaje adventista”

John Navins Andrews
(Espíritu misionero)

Juan José Andrade



Un día como hoy, 20 de julio, pero de 1906, el edificio principal de la Pacific Press, la Casa Publicadora Adventista en California, USA. se quemó totalmente. Años atrás había sucedido lo mismo con la Review and Herald de Battle Creek (1902).

Puesto que a menudo la gran cantidad de trabajo de impresión comercial interfería con la producción de publicaciones denominacionales, la junta de la Conferencia General en respuesta al consejo de Elena G. White tomó el voto en 1902 de reducir el volumen de trabajo comercial. Así mismo, debido a que la ciudad de Oakland había crecido tanto alrededor de la planta adventista de publicaciones, la junta también tomó las medidas pertinentes para buscar un nuevo sitio rural para la Casa Publicadora. Esta decisión dio lugar un poco después, en 1904, al edificio ubicado en Mountain View, CA. que se encontraba unos 60 kilómetros al sur de San Francisco; edificio que fue severamente dañado por el terremoto de San Francisco del 18 de abril de 1906. Un nuevo edificio de madera fue construido rápidamente con un préstamo de la Conferencia General de unos \$20,000 dólares; pero lamentablemente este edificio fue reducido a cenizas el 20 de julio, unos pocos meses después en ocasión del incendio. La junta volvió a construir el edificio una vez más. Parte de esta pérdida fue cubierta por el seguro que tenía el edificio. A partir de este momento la Junta decidió imprimir publicaciones solo de carácter denominacional. Dijo C. H. Jones: “Hemos sido amonestados por el terremoto y por el fuego. No necesitamos del viento, pero escuchamos el pequeño silvo apacible y suplicante: Hagan solo Mi trabajo”. Esta política ha seguido la iglesia desde entonces. Estas publicaciones que han salido de nuestras casas publicadoras desde sus inicios hasta hoy, han llegado a hogares lejanos que de otra manera hubiera sido imposible penetrar. Las revistas y los libros adventistas son los mensajeros de Dios para salvación de muchos.

Introducción:

Se nos ha dicho que no es bueno mirar hacia atrás; pero cuando lo hacemos para considerar la forma como la mano de Dios nos alcanzó y nos ha guiado a lo largo del camino, entonces mirar hacia atrás resulta ser un ejercicio muy benéfico.

En el marco de esta semana sobre historia de la iglesia adventista quiero invitarte a que recuerdes cómo el evangelio llegó a tu corazón. ¿Qué instrumento usó el Señor para traerte de las tinieblas a la luz preciosa y admirable del evangelio? ¿Recuerdas?

Es cierto que hay casos en los que una revista, un canto, un sueño incluso un accidente o enfermedad fueron el escenario para oír la voz de Dios, pero en todos ellos seguramente hubo una persona, un mediador de la gracia a quien Dios usó para traerte a la verdad.

A lo largo de la historia miles y miles de misioneros de lejos y de cerca han cruzado fronteras, valles, ríos, montañas, barrios peligrosos llevando la preciosa samilla del evangelio para alcanzar a otros y traerlos al camino de la salvación.

Cuerpo:

A través del tiempo, estos valientes siervos de Dios asumieron con responsabilidad el mandato de Jesús de “...id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándoles en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo...” (Mat. 28:19). Respondieron a la orden del Maestro divino cuando dijo: “Id por todo el mundo y predicad el evangelio...” (Marc. 16:15).

Desde los días de estos primeros discípulos y hasta el presente, el evangelio ha sido predicado a lo largo y ancho del mundo en pueblos y grandes ciudades, en la casa del campesino lo mismo que en la oficina del político. La semilla del evangelio ha sido llevada a los ricos y también a los más humildes, a las personas educadas y también al drogadicto y al encadenado en los vicios más bajos.

El evangelio ha transformado la vida de los groseros, los indiferentes, los borrachos y los de duro corazón. Ha cambiado los hogares violentos en escenarios de paz y felicidad. Ha cambiado la desesperación en una motivación entusiasta por vivir y servir. El odio en una serena tranquilidad. El futuro incierto se ha tornado en una esperanza gloriosa. El interés de una vida materialista por el deseo de suplir las necesidades de los demás.

Y todo esto, gracias a dos cosas: a) A la iniciativa divina y b) A que hubo una persona dispuesta a responder al llamado de Dios de: “¿A quién enviaré y quién irá por vosotros?” y ellos dijeron: “*heme aquí, envíame a mí*” (Is. 6:8).

Texto bíblico de estudio:

Un claro ejemplo de esto es el registrado en Hechos 8: 26, el caso de Felipe y el etíope. (Leer desde el versículo 26 al 39 todo junto). De este pasaje podemos resaltar las siguientes lecciones. Algunas de éstas, las escuché recientemente del Dr. John Wesley Taylor:

1.- La orden de llevar el mensaje a otros viene del cielo. Esto lo vemos en el versículo 26 “*Un ángel del Señor habló a Felipe*” y el versículo 29 “*Y el Espíritu dijo a Felipe...*”. De modo que no es el pastor o el anciano o el director de ministerios personales. Ellos son instrumentos de Dios para recordarnos nuestra responsabilidad, pero la orden viene de Dios. Si tuviéramos esto en mente creo que nuestra actitud y disposición podría cambiar.

2.- A veces algo de gran valor se encuentra en los lugares menos promisorios. Esto lo vemos en la orden del ángel a Felipe que aparece en el versículo 26 “*Levántate y ve hacia el sur, por el camino que desciende de Jerusalén a Gaza, el cual es desierto*” subrayo “*el cual es desierto*”. ¿Quién pensaría que en el desierto se podía encontrar algo de valor? Pues Felipe lo encontró. Era este hombre necesitado de la salvación. Muchas ocasiones rechazamos acudir a un lugar para hacer obra misionera porque nos parece tiempo perdido: Una oficina gubernamental, un barrio peligroso, un hogar secular, etc. Sin embargo, no olvidemos que es en el pantano en donde crecen los preciosos lírios. Dios tiene tesoros para su reino en todos los lugares, aún los poco promisorios.

3.- Es necesario que nos acerquemos a los demás. Lo vemos en el versículo 29 en la indicación del Espíritu Santo: “*Acércate y júntate a ese carro*”. Queridos hermanos, esto no es un asunto de a la distancia. Es necesario acercarnos a la gente en el lugar en donde está. A veces somos demasiado indiferentes y poco sociables. El ejemplo supremo es el de Jesús, que de acuerdo al Deseado de Todas la Gentes dice que: “Se relacionaba con las personas....A veces estamos juntos físicamente pero a la vez distantes en cuanto a nuestra relación con los demás.

4.- Toda interacción con las personas debe ser Cristo – céntrica y evangelizadora. Lo vemos en el versículo 30 y en el 35. “*Entonces Felipe, abriendo su boca, y comenzando desde esta Escritura, le anunció el evangelio de Jesús.*” Lo que quiero decir es que nuestro propósito de acercamiento con las personas no debe quedarse en el plano puramente terrenal. Es cierto que debemos relacionarnos y servirles pero nuestro mayor propósito es conectarlos con Jesús, traerlos a su encuentro. Hay amistades de muchos años pero que nunca se les ha dicho nada acerca de la esperanza que hay en nuestro corazón. En este sentido el testimonio es un elocuente sermón, pero también con sabiduría y bajo la dirección del Espíritu Santo debemos abrir nuestra boca y partiendo de las Escrituras, anunciar el evangelio de Jesús.

5.- Por nuestra intervención, las personas deben experimentar una transformación. Lo vemos en los versículos 36 al 39. “*Y dijo el eunuco: Aquí hay agua, ¿Qué impide que yo sea bautizado? ...y*

descendieron ambos al agua, Felipe y el eunuco, y le bautizó...y (el eunuco) siguió gozoso su camino.” El acercamiento de Felipe al eunuco resultó en un deseo de ser diferente por parte del extranjero. La intervención de Felipe fue de tal manera una influencia positiva que el eunuco fue conducido a tomar una decisión por Jesús. La vida del eunuco cambió a partir de ese encuentro con el siervo de Dios. La Biblia dice que *“siguió gozoso su camino”*. Aunque la Biblia dice que *“no le vio más (a Felipe)”* (39), sabemos que se volverán a ver en el reino de los cielos. ¿Amén? Lo mismo será con aquellos que nos trajeron el precioso mensaje de salvación. Vinieron, nos acercaron a Jesús y se fueron. Pero un día nos encontraremos en el reino de los cielos y les agradeceremos por habernos compartido el mensaje de Jesús.

¿Y a ti? ¿Quién te llevó el mensaje de salvación? ¿Lo recuerdas? ¿Estás agradecido? No es el deseo de Dios que solo tú conserves esta felicidad, sino que desea que lo lleves a otros.

Estos fueron los valientes

Una historia del rincón de los pioneros:

Uno de los grandes misioneros en la historia de nuestra iglesia es John Navins Andrews. Conocido como el primer misionero adventista al extranjero. El testimonio de su vida fue tal, que a lo largo de la historia de nuestra iglesia, muchos han sido inspirados a seguir su ejemplo misionero.

Nació en Poland, Maine el 22 de julio de 1829. Aunque no tuvo la oportunidad de una educación escolarizada, por medio del autoestudio llegó a dominar el griego, el hebreo y el latín. Tenía tan solo 15 años cuando pasó por la amarga experiencia del chasco de 1844. Un año después aceptó la verdad del sábado. El primer número de la Review and Herald en 1850 lo menciona a él como parte del equipo administrativo responsable de la publicación de la revista junto con José Bates y Jaime White. Desde temprano en su experiencia cristiana, Andrew se destacó por ser un adventista con un sentido de responsabilidad y entrega inusual. Su celo y fervor misionero fueron la característica más distintiva en su vida. Este joven guerrero de armadura resplandeciente inmediatamente se dedicó a viajar de un lugar a otro en busca de aquellos que estuvieran dispuestos a escuchar el mensaje adventista.



Los largos viajes, acompañados de los muchos inconvenientes y penurias, habían de minar pronto la salud del obrero frágil. En una ocasión en compañía de Hiram Edson, Andrews viajó 900 kilómetros en solo 6 semanas en la nieve y el frío intenso del invierno norteamericano. Hiram Edson dijo de él: *“Por la mañana el hombre de Dios se despertaba con la barba cubierta de hielo como resultado de la humedad de su aliento que se congelaba en la habitación o choza sin calefacción”*.

En 1851 Andrews escribió: **“En medio de la tribulación y la aflicción, mi alma se regocija en Dios. Nunca sentí tan profunda impresión de la importancia de la obra en la cual estamos empeñados ahora. Mi corazón está consagrado a ella, y alegremente estoy dispuesto a gastar y ser gastado.** Están pereciendo almas que pueden alcanzarse ahora, y es corto el tiempo en que podemos trabajar, pues se acerca la noche en la cual nadie puede obrar. ¿No haremos, por lo tanto, todo lo que podemos mientras dure el día, a fin de que podamos salvar a alguno?”

En 1855 Jaime White dijo de él: *“Pocas personas tienen idea de sus sacrificios y desalientos actuales. Durante los últimos cuatro años se ha entregado casi exclusivamente a predicar y escribir. Su amor y celo por la verdad y por las almas han sido tan intensos que ha*

trabajado día y noche sin consideración por su salud, hasta que varias veces ha quedado tan débil que no podíamos tener casi esperanza de que se restableciese.”

En 1856 Andrews se casó con la señorita Angelina S. Stevens, con quien procreó a sus dos hijos: Carlos y María.

El 16 de Enero de 1859 participó de una reunión para la elaboración de un plan para el sostenimiento del ministerio. También fue nombrado presidente de la comisión que elaboró la constitución para la Asociación General.

El 29 de agosto de 1864 salió de Battle Creek rumbo a Washington, D.C. para solicitar al Depto. De Guerra de los Estados Unidos un permiso especial de “No combatientes” a los adventistas del séptimo Día.

El 14 de mayo de 1867, el Sr. Andrews fue elegido presidente de la Asociación General y ocupó este cargo durante un período de dos años. Andrews sabía de memoria todo el Nuevo Testamento y podía repetir grandes porciones del Antiguo Testamento.

Entre 1860 y 1870 produjo su obra literaria mejor y más conocida: “Historia del sábado y del primer día de la semana”.

En 1872 murió su querida esposa Angelina, dejándole dos niños adolescentes, Carlos y María. En respuesta a las insistentes solicitudes de los hermanos en Suiza, la Asociación General votó el 15 de agosto de 1874 enviar a J.N. Andrews como el primer misionero adventista al extranjero. Su compromiso con la obra misionera de calidad hizo que en pocos meses llegara a dominar el idioma de su misión como si fuera su lengua materna.

En 1878 Mary, la hija de J.N. Andrews, su gran ayuda y brazo derecho en la labor misionera en Europa enfermó gravemente de Tuberculosis. En el mes de septiembre Andrews recibió un cablegrama en el que se le indicaba que fuera a los Estados Unidos para presentar un informe durante el Congreso de la Asociación General que se celebraría en el mes de Octubre en Battle Creek. Salió de Europa llevando consigo a su hija María con la esperanza de que en el sanatorio adventista bajo la dirección del Dr. Kellogg pudiera ser sanada. El diagnóstico fue desgarrador, no había solución; incluso se le pidió que se alejara de ella o él mismo podría ser contagiado. Pero, ¿Cómo podía abandonar a su querida hijita? Su cariño especial y gran compañera. Con fidelidad incansable y amante esperanza paterna estuvo velando a su lado día tras día. Hasta que a las 4:30 a.m. del 27 de noviembre de 1878 su querida hija Mary murió.

Esta fue una prueba excesiva casi insoportable para el padre entristecido. Durante los siguientes días escribió: “Me parece estar asido de Dios con una mano entumida.”

Elena G. White tuvo una visión del día de la resurrección y le escribió a Andrews diciéndole que había visto a su esposa e hijos levantarse de sus tumbas en esa mañana gloriosa. Los esposos White lo invitaron a quedar en los Estados Unidos, pero él decidió regresar al lugar de su misión y terminar la tarea asignada.

Ya en Europa muy debilitado por el desgaste acumulado de meses anteriores y especialmente de las últimas semanas del intenso trabajo en el que predicaba varios sermones por día, se descubrió que la mortífera enfermedad había también hundido sus garras en los pulmones del hombre de Dios. Fue obligado a guardar cama pero se iba agravando más y más. La Asociación General dedicó un día especial de ayuno y oración por él. Su fiel amigo, el ptr. J.N. Loughborough fue enviado para ungrirle en el nombre del Señor.

Según Juan Vuilleumier, su asistente, las últimas semanas fueron verdaderamente heroicas. “Ha pedido papel y tinta, y ha procurado escribir. A la noche sólo había escrito algunas líneas. Pero no quiere renunciar a la lucha. Cada mañana se viste y baja al comedor, con su Biblia alemana bajo el brazo. Deja caer sobre una silla su cuerpo alto y delgado. Pero casi no come nada. ‘Si tan sólo pudiese comer--dice--creo que podría escribir, pero no pasa.’ Y entonces inclina la frente sobre la mesa y a veces corren lágrimas por sus mejillas ahuecadas”.

Así día tras día se fue debilitando hasta que la mañana del 21 de octubre de 1883 dijo que deseaba descansar ese día. Varios familiares y dirigentes se reunieron en torno a su lecho de dolor. El sol se ponía en el oeste sin nubes, sus rayos áureos llenaban la habitación, mientras que su anciana madre abanicaba quedamente el rostro de su hijo moribundo. Era una escena de solemne quietud. El cielo parecía tan cercano. Al rato, Vuilleumier, que se hallaba al pie del lecho, se quitó los lentes y mirando intensamente el rostro tranquilo, exclamó: '¡Pero, si está muerto!' Y así era. Había fallecido el gran misionero tan apaciblemente que ninguno de los presentes lo había notado.

En pocos, como en J.N. Andrews, quedan tan apropiadamente las palabras: "Seréis misioneros o no seréis nada"

Conclusión:

Queridos hermanos, ¡Cuántas gracias damos por misioneros como J.N. Andrews y muchos otros que han llevado el mensaje de salvación a todos los rincones del mundo! ¿Amén?

Salvador Marchisio, un ítaló americano fue el primer misionero en venir a México trayendo el mensaje de salvación. Alguien llevó el mensaje a tu familia, pregunta y lo sabrás. Hubo un valiente misionero hombre o mujer que comprometido con la orden de Jesús cumplió con su deber. Hoy, estamos aquí, ocupando estos lugares sagrados, cuando posiblemente de no haber ido ese misionero, ese mediador de la gracia estaríamos sin Dios y sin esperanza perdidos en el mundo. Pero por todos los misioneros, decimos: ¡Alabado sea Dios! ¿Amén?

Ahora Jesús nos dice: "*De gracia recibisteis, dad de gracia*" (Mat. 10:8). No es el plan de Dios que quedes callado, que solo tu conserves esa felicidad, es necesario compartirla. Hay alguien cerca de ti que necesita de tu auxilio. De tu ayuda, de tu esfuerzo, de tu espíritu misionero. Hay alguien que espera por ti. Alguien sin esperanza y paz. En tu familia a lo mejor, en tu calle, en tu barrio, en el trabajo, en la escuela o posiblemente aquí mismo, en la casa de Dios. Hoy, no solo debemos dar gracias por la obra misionera y por quienes nos trajeron el mensaje, sino también debemos responder. Debemos ser mediadores de gracia para bien de los demás y para la honra de Dios.

El Señor nos dice: "¿A quién enviaré y quién irá por vosotros?" ¿Responderás tú? Cuántos queremos responder como el profeta Isaías, "Heme aquí, envíame a mí"

¿Veo sus manos?

Queridos hermanos, todavía hay muchos lugares en donde los misioneros están tratando de llegar con el mensaje adventista. Les animo para apoyar las publicaciones adventistas y para que cada uno también tenga la experiencia de ser un misionero hoy para Jesús,

¿Lo desean?

Quiero ver sus manos...

Oremos.